

GANADORA DEL WORLD FANTASY AWARD

NNEDI  OKORAFOR

BRUJA AKATA

Traducción de
Carla Bataller Estruch

«Brillante, original y perspicaz».
PATRICK ROTHFUSS

Sunny Nwazue vive en Nigeria, pero nació en Nueva York. Sus facciones son corrientes, pero es albina. Se le dan muy bien los deportes, pero no puede practicarlos bajo el sol. En resumen, no parece encajar bajo ningún sitio... Hasta que un día sucede algo increíble: ve el fin del mundo en la llama de una vela.

Lo que parecía ser una alucinación es lo que acaba uniendo a otros tres chicos en su misma situación: tiene habilidades mágicas. Cuando Sunny y sus nuevos compañeros empiezan a seguir el rastro de un criminal que también domina la magia, lo visible y lo invisible se funden en una realidad que, como pronto descubren, no para de transformarse. Porque ¿qué significa «real» cuando lo irreal ha demostrado formar parte de la existencia?

*Para Sandra Marume, la valiente chica igbo con
la lengua afilada y aires misteriosos, que
casualmente es albina.
Ha pasado mucho tiempo, pero espero haberte
reflejado bien.*

*Y para mi madre, a quien le aterrorizaban las
mascaradas cuando era niña y aún lo hacen. Este
libro baila con ellas. Disfrútalo.*

NSIBIDI PARA «AMOR»



Aquí, en la nueva aventura, lo extraordinario, lo mágico, lo maravilloso e incluso lo extraño provenían de lo normal y familiar.

*NGŪGĨ WA THIONG'O:
El brujo del cuervo*

NSIBIDI PARA «VIAJE»

PROLOGO

LA VELA

Siempre me han fascinado las velas. Mirar la llama me tranquiliza. Aquí, en Nigeria, la ECN siempre nos está cortando la luz, así que guardo unas velas en mi habitación por si acaso.

ECN es la empresa Eléctrica de Consumo de Nigeria, pero a la gente le gusta decir que en realidad se llama Enciende un Cirio en Nigeria. En Chicago teníamos ComEd y la electricidad siempre funcionaba. Pero aquí no. Aún no. Puede que en el futuro.

Una noche, después de que la luz se fuera, encendí una vela como siempre. Y luego, también como de costumbre, me senté en el suelo y me quedé observando su llama.

Mi vela era blanca y gruesa, como las de la iglesia. Me tumbé sobre el vientre y la miré y la miré. Muy naranja, como el abdomen de una luciérnaga. Fue agradable y relajante hasta que... empezó a parpadear.

Y entonces me pareció ver algo. Algo importante y grande y escalofriante. Me acerqué.

La vela titilaba sin más, como cualquier otra vela. Me acerqué más, hasta que la llama quedó a tres centímetros de mis ojos. Veía algo. Me arrimé más aún. Ya casi estaba. Justo cuando empezaba a entender lo que veía, la llama rozó algo sobre mi cabeza. Me llegó entonces el olor ¡y la habitación se iluminó de pronto con un brillo naranja y amarillo! ¡Mi pelo estaba en llamas!

Grité y me golpeé la cabeza con todas mis fuerzas. El pelo ardiendo me chamuscó las manos. Lo siguiente que recuerdo es que mi madre estaba allí. Se quitó la rapa y me la tiró sobre la cabeza.

La luz regresó de repente. Mis hermanos entraron corriendo, seguidos de mi padre. Mi habitación olía fatal. Me había desaparecido la mitad del pelo y me dolían las manos.

Aquella noche, mi madre me cortó el pelo. El setenta por ciento de mi precioso cabello largo desapareció. Pero lo que vi en la vela fue lo que más se me quedó grabado. Había visto el fin del mundo en esa llama. Incendios descontrolados, océanos hirviendo, rascacielos derrumbándose, tierra fragmentada, gente muerta y moribunda. Fue horrible. E iba a ocurrir.

Me llamo Sunny Nwazue y confundo a la gente.

Tengo dos hermanos mayores. Al igual que mis padres, mis dos hermanos nacieron aquí, en Nigeria. Luego mi familia se mudó a Estados Unidos, donde nací yo, en la ciudad de Nueva York. Cuando tenía nueve años, regresamos a Nigeria, a un lugar cercano a la ciudad de Aba. Mis padres pensaron que sería un sitio mejor para criarnos a mis hermanos y a mí, o al menos eso es lo que dice mi madre. Somos igbo, un grupo étnico de Nigeria, de modo que supongo que soy estadounidense e igbo.

¿Veis por qué confundo a la gente? Soy nigeriana de sangre, estadounidense de nacimiento y nigeriana de nuevo porque vivo aquí. Tengo rasgos de África occidental, como mi madre, pero mientras que en el resto de mi familia predomina el marrón oscuro, yo tengo el cabello rubio claro, la piel del color de la «leche agria» (o eso es lo que me dicen algunos idiotas) y los ojos castaños, como si Dios se hubiera quedado sin el color adecuado. Soy albina.

Al ser albina, el sol es mi enemigo: me quemo la piel con tanta facilidad que casi parezco inflamable. Por eso, pese a que era muy buena al fútbol, no podía ir con los chicos cuando jugaban después del colegio. Aunque tampoco me habrían dejado porque soy una chica. Qué estúpidos. Tenía que jugar de noche, con mis hermanos, cuando a ellos les apetecía.

Pero, claro, todo eso fue antes de aquella tarde con Chichi y Orlu, cuando todo cambió.

Ahora lo pienso y veo que ya había señales de lo que estaba a punto de ocurrir.

Cuando tenía dos años, durante una breve visita a Nigeria con mi familia, pillé la malaria. Fue un caso grave y casi morí cuando regresé a Estados Unidos. Me acuerdo. Mis hermanos me decían que era muy rara porque podía recordar cosas de hace tanto tiempo.

Tenía mucho calor, ardía entera por la fiebre. Mi madre se quedó junto a mi cama, llorando. No recuerdo que mi padre estuviera mucho por allí. Mis hermanos entraban de vez en cuando para darme palmaditas en la frente o besos en las mejillas.

Pasé unos días así. Pero luego una luz vino a mí, como una llama o un sol, diminuta y amarilla. Se reía y desprendía calor, pero un calor bueno, como el agua de un baño que lleva unos minutos reposando. A lo mejor por eso me gustan tanto las velas. Flotó justo delante de mí durante mucho tiempo. Creo que me estaba velando. A veces los mosquitos iban volando hacia ella y se volatilizaban.

A lo mejor decidió que no iba a morir, porque al final se marchó y yo mejoré. No es como si no me hubieran pasado cosas raras.

Sabía que parecía un fantasma. Por lo pálida que era. Y se me daba bien ser tan silenciosa como un fantasma. Cuando era más pequeña, si mi padre estaba en la habitación principal bebiéndose una cerveza y leyendo el periódico, yo entraba a hurtadillas. Podía moverme como un mos-

quito cuando quería. No como los de Estados Unidos, que te zumban en la oreja, sino como los nigerianos, silenciosos como los muertos.

Me acercaba sigilosamente a mi padre, me paraba justo a su lado y esperaba. Era increíble que no me viera. Me quedaba allí sin más, sonriendo y esperando. Y entonces él miraba a un lado, me veía y daba un salto que casi llegaba al techo.

—¡Niña tonta y más que tonta! —siseaba, porque lo había asustado de verdad... y porque quería hacerme daño, porque sabía que yo sabía que él estaba asustado. A veces odiaba a mi padre. A veces sentía que él también me odiaba. No tenía ninguna forma de ser el hijo que él quería o la preciosa hija que había aceptado en su lugar. Pero no podía dejar de ver lo que había visto en la vela. Y no pude evitar ser aquello en lo que acabaría convirtiéndome.

¿QUÉ ES UNA PERSONA LEOPARDO?

A las personas leopardo se las conoce por muchos nombres en todo el mundo. El término «persona leopardo» se acuñó en África occidental, derivado del término efik «ek-pe», «leopardo». Todas las personas con una habilidad mística auténtica son leopardos. Y a medida que la humanidad ha ido evolucionando, los leopardos también se han ido organizando por todo el planeta. Hace dos mil años, se produjo una gran masacre del pueblo leopardo a escala mundial. Se desató en Oriente Medio tras el asesinato de Jesucristo (este tema se trata en el capítulo siete: Breve crónica de la historia antigua). Las matanzas se expandieron por todo el mundo. Nadie estaba a salvo en ninguna parte. A esta masacre se la conoce como el Gran Intento. Sin embargo, somos invencibles, te lo digo yo, y desde entonces hemos revivido. Claro está, se usó juju para encubrir los hechos del Gran Intento, un juju muy potente. ¿Quién lo hizo? Hay muchas especulaciones, pero ninguna sólida. (Una vez más, mira el capítulo siete).

de Compendio de hechos para sujetos independientes
por Isong Ahong Effiong Isong

Capítulo 1

ORLU

En cuanto Sunny entró en el patio del colegio, la gente se puso a señalarla con el dedo. Las chicas también empezaron a reírse, incluso con las que solía juntarse, sus supuestas amigas. «Idiotas», pensó Sunny. Aun así, ¿podía culparlos de verdad? Su cabello rubio y con textura de lana, cuya longitud muchas habían envidiado, había desaparecido. Ahora llevaba una media melena abultada a lo afro. Las fulminó con la mirada y chasqueó la lengua con fuerza. Tenía ganas de darles un puñetazo en la boca.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Chelu. Ni siquiera tuvo la gentileza de quitarse la sonrisa tonta de la cara.

—Necesitaba un cambio —dijo Sunny, y se alejó. A su espalda, oyó cómo seguían riéndose.

—Ahora es fea con ganas —comentó Chelu.

—Debería ponerse unos pendientes más grandes o algo —añadió Buchi. Las examigas de Sunny se rieron con más fuerza. «Si supierais que tenéis los días contados...», se dijo. Se estremeció y apartó las imágenes de lo que había visto en la vela.

Su día fue a peor cuando su profesora de lengua y literatura les devolvió la última tarea. Las instrucciones fueron escribir una redacción sobre un pariente. Sunny lo había hecho sobre su prepotente hermano mayor, Chukwu, que se creía un regalo de Dios para las mujeres, aunque no lo era. Pero, claro, tampoco era de gran ayuda que su nombre significara «ser supremo».

—La redacción de Sunny ha recibido la nota más alta — anunció *Miss Tate*, pasando por alto los comentarios de desprecio y burla de la clase—. Además de estar bien escrita, era interesante y cómica.

Sunny se mordió el interior de la mejilla y esbozó una sonrisa débil. Su intención no había sido que la redacción fuera graciosa. La había escrito en serio. Su hermano era un creído *nyash* de verdad. Y, para colmo, sus compañeros de clase habían sacado unas notas nefastas. De diez puntos, la mayoría había sacado tres o cuatro.

—Pierdo el tiempo intentando enseñaros a escribir bien —gritó *Miss Tate*. Le arrebató la redacción a un chico y la leyó en voz alta—: «Mi'ermana siempre anda pidiendo pero se gana una pasta gansa. Le gusta tener pero dar no. No va cambiar». —Estampó la redacción en el pupitre del chico—. ¿Venís aquí a contemplar el vacío? ¿Eh? Y habéis sido muy tímidos en vuestros escritos. ¿A quién le interesa leer que «mi madre es muy buena» o «mi tía es pobre»? ¡Y encima mal escrito! Por eso os dije que escribierais sobre un pariente. ¡Se suponía que era fácil!

Mientras hablaba, recorría el aula dando pisotones a diestro y siniestro y su rostro iba enrojando cada vez más y más. Se detuvo delante del pupitre de Sunny.

—Levántate, por favor.

Sunny miró a sus compañeros. Todos le devolvieron la mirada, con caras impertérritas y ojos enfadados. Poco a poco, se levantó y se estiró la falda azul marino de su uniforme.

Miss Tate la dejó de pie mientras volvía a su mesa en la parte delantera de la clase. Abrió un cajón y sacó su fusta amarilla de madera. Sunny se quedó boquiabierta. «Ah, ah, me va a azotar —pensó—. ¿Qué he hecho yo?». Se preguntó si era porque tenía doce años y era la más joven de la clase.

—Ven —dijo *Miss Tate*.

—Pero...

—Ahora —añadió con más firmeza.

Sunny se acercó despacio al frente del aula, consciente de las miradas de sus compañeros en su espalda. Soltó un débil suspiro cuando se situó ante la profesora.

—Extiende la mano.

Miss Tate, henchida ya de rabia, tenía la fusta preparada. Sunny cerró los ojos y se preparó para el escozor. Pero no sintió dolor alguno. En vez de eso, notó que le colocaban la fusta en la mano. Abrió los ojos enseguida.

Miss Tate observó el aula.

—Cada uno de vosotros se acercará y Sunny os propinará tres golpes en la mano izquierda. —Sonrió con ironía—. A ver si ella consigue que os entre algo de razón a golpes.

El estómago de Sunny se hundió mientras sus compañeros formaban una fila ante ella. Todos parecían muy enfadados. Y no con ese tipo de rabia roja que se extingue enseguida, sino con una rabia oscura, de esas que se llevan fuera de clase.

Orlu iba el primero en la fila. Era el único que tenía casi la misma edad que ella, sólo un año más. No hablaban demasiado, pero parecía majo. Le gustaba construir cosas. Lo había visto durante la hora de la comida, cuando sus amigos charlaban y él se quedaba a un lado montando torres y lo que parecían personitas a partir de tapones de Coca-Cola, Fanta y envoltorios de caramelo. No quería, por nada del mundo, hacerle daño en las manos.

Orlu se quedó mirándola sin más, esperando. No parecía enfadado como los demás, pero sí nervioso. Si hubiera hablado, *Miss Tate* le habría pegado en la cabeza.

A esas alturas, Sunny estaba llorando. Sintió una llamada de odio hacia *Miss Tate*, la que hasta ese día había sido su profesora favorita. «Ha perdido la chaveta —pensó desconsolada—. A lo mejor debería zurrarla a ella».

Sunny se quedó allí de pie, de esa forma que tanto odiaba su madre: patética e infantil. Sabía que su rostro pálido estaba sonrojado. Soltó un fuerte sollozo y tiró la fusta

al suelo. Eso hizo que *Miss Tate* se enfadara aún más. Apartó a Sunny a un lado.

—Siéntate —gritó.

Sunny se cubrió la cara con las manos, pero se encogió ante cada golpe de la fusta. Y luego cada persona siseaba, chillaba, ahogaba un grito o hacía lo que más se ajustaba a su dolor. Oía cómo los pupitres se llenaban a su alrededor a medida que los alumnos recibían su castigo y se sentaban. Alguien detrás de ella le propinó una patada a su silla.

—¡Estúpida, carapálida, bruja *akata*! ¡Tienes las horas contadas!

Sunny cerró con fuerza los ojos y se tragó un sollozo. Odiaba la palabra «*akata*». Significaba «animal de los arbustos» y se usaba para referirse a los negros americanos o a los negros que habían nacido en el extranjero. Era una palabra muy muy obscena. Y, encima, Sunny conocía la voz de la chica.

Después de la escuela, intentó huir del patio. Llegó lo bastante lejos como para que ningún profesor viera cómo la asaltaban. Jibaku, la chica que la había amenazado, lideraba el grupo. Justo allí, en la parte más alejada del patio del colegio, tres chicas y cuatro chicos pegaron a Sunny mientras gritaban mofas e insultos. Ella quería defenderse, pero se lo pensó mejor. Eran demasiados.

Aquello fue una paliza de patio y ninguna de sus amigas acudió a socorrerla. Se quedaron a un lado y observaron. Incluso aunque quisieran, no eran rivales para Jibaku, la chica más rica, alta, dura y popular del colegio.

Fue Orlu quien acabó poniéndole fin. Llevaba desde el principio gritándoles que pararan.

—¿Por qué no la dejáis hablar? —bramó.

A lo mejor fue porque necesitaban recuperar el aliento o porque sentían curiosidad de verdad, pero todos se detuvieron. Sunny estaba sucia y magullada, pero ¿qué podía decir? Jibaku habló en su lugar... Jibaku, que la había abo-

feteado con tanta fuerza que hizo que le sangrara el labio. Sunny la fulminó con la mirada.

—¿Por qué has dejado que *Miss Tate* nos pegue? —El sol caía inclemente sobre Sunny y le escocía en su piel sensible. Lo único que quería era refugiarse en la sombra—. ¿Por qué no lo has hecho y ya está? —gritó Jibaku—. ¡Eres una esmirriada, no nos habría dolido demasiado! Podrías haber fingido que eras una floja al golpearnos. ¿O te gusta ver cómo una mujer blanca nos pega así? Tú también eres blanca, ¿eso te hace feliz?

—¡No soy blanca! —le gritó a su vez Sunny después de encontrar la voz.

—Mis ojos me dicen lo contrario —dijo un chico regordete llamado Bígaro. Le habían puesto este mote porque le gustaba la sopa de bígaros.

Sunny se limpió la sangre del labio.

—¡Tú cállate, chupacaracoles! ¡Soy albina!

—«Albina» es sinónimo de «fea» —replicó.

—¡Oooh, ya ha sacado las palabrejas! ¡A lo mejor deberías haber usado algunas de esas en tu ridícula redacción! ¡Ignorante idiota! —Añadió cierta gravedad a su voz y pronunció la palabra «idiota» con su acento más nigeriano, haciendo que sonase como «idiuta». Algunas personas se rieron. Sunny siempre les hacía reír, incluso cuando era ella la que estaba a punto de echarse a llorar—. ¿Creéis que puedo ir por ahí pegando a mis propios compañeros de clase? —dijo, agarrando su paraguas negro. Lo sostuvo sobre la cabeza y se sintió mejor enseguida—. Vosotros tampoco lo habríais hecho. ¡Ja! O a lo mejor tú sí, Jibaku.

Sunny observó mientras se gruñían entre ellos. Algunos incluso se dieron la vuelta y echaron a andar hacia sus casas.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué debería disculparme?

Se produjo un largo silencio. Jibaku chasqueó la lengua con fuerza y examinó a Sunny de la cabeza a los pies con asco.

—Estúpida bruja *akata oyibo* —escupió. Hizo un gesto a los demás—. Vámonos.

Sunny y Orlu los observaron irse. Sus miradas se encontraron y la chica se apresuró a apartar la suya. Cuando se giró de nuevo, Orlu seguía contemplándola. Se obligó a mantener la vista en él, a verlo de verdad. El chico tenía unos ojos rasgados casi felinos y los pómulos altos. Era bastante mono, aunque no hablaba mucho. Sunny se agachó para recoger sus libros.

—¿Estás..., estás bien? —preguntó Orlu mientras la ayudaba.

—Estoy bien —respondió ella con el ceño fruncido—. No gracias a ti.

—Tienes toda la cara roja y, bueno, molida a palos.

—¿Y a quién le importa? —soltó mientras colocaba el último libro en su bandolera.

—A tu madre.

—¿Y por qué no los detuviste? —gritó. Se colgó la bandolera del hombro y echó a andar. Orlu la siguió.

—Lo he intentado.

—Pues vale.

—Lo he hecho. ¿No has visto a Bígaro y a Calculus hacerme esto? —Se giró para que ella pudiera verle la mejilla hinchada.

—Oh —dijo, avergonzada de repente—. Lo siento.

Para cuando llegaron al cruce donde el camino hacia sus casas se dividía, Sunny se sentía mejor. Le parecía que Orlu y ella tenían mucho en común. El chico estaba de acuerdo en que *Miss Tate* se había pasado de la raya, le gustaba leer libros por placer y él también se había fijado en los pájaros tejedores que vivían en el árbol junto a la escuela.

—Vivo un poco más allá —explicó Orlu.

—Lo sé —respondió Sunny, mirando la carretera asfaltada. Al igual que la suya, la casa de Orlu era blanca y tenía una modesta valla a su alrededor. Su mirada se posó en la